

Mil fragmentos de cristal

Mil fragmentos de cristal

Cristina Otálora



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Cristina Otálora 2026
© Entre Libros Editorial LxL 2026
www.entrelibroseditorial.es
04240, Almería, (España)

Primera edición: febrero 2026
Composición: Entre Libros Editorial
ISBN: 979-13-87621-86-5
Depósito legal: AL-0104-2026

Impreso en España - Printed in Spain

*A mis musas, que incluso en los momentos más difíciles,
están ahí para brindarme luz en medio de la oscuridad.*

Capítulo 1



Anna permanecía con la vista perdida en el lago que tenía frente a ella. Sus aguas estaban en calma, al contrario que el bullicio que sentía en su mente. Cerró los ojos unos segundos para intentar serenarse, pero era complicado. Devolvió la mirada al viejo móvil que tenía entre sus manos justo antes de guardarlo en el bolsillo de su pantalón vaquero.

Habían pasado diez meses desde que su vida cambió sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo. Tanto tiempo y no conseguía olvidarse de la sensación de traición que sintió cuando se enteró de todo. Había estado ciega y, aun después de tantos meses, todavía esperaba una llamada. Algo que viniera acompañado de una explicación, pero, sobre todo, de una disculpa. Y esa espera estaba haciéndose interminable, cada día un poco más pesada.

Volvió a contemplar el lugar en el que se encontraba. Todavía era temprano y el lago estaba tranquilo. Le gustaba la sensación de

silencio y calma, pero lo que más le gustaba de sentarse en aquel banco eran las vistas de lo que escondía la montaña.

Apenas podía ver un resquicio de la mansión que se ocultaba entre la frondosa arboleda. Nunca había visto aquella propiedad, sin embargo, sentía como si la conociera de toda la vida. Su madre le había contado tanto acerca de aquella casa en la que vivió en su niñez, que Anna tenía una idea bastante clara de cómo sería por dentro.

La echaba de menos. Murió cuando ella tenía doce años, y ese día había sido el más triste de toda su vida. Hasta hacía unos meses. Existen muchas formas de perder a alguien; quizá la más dolorosa era la muerte, puesto que era irreversible, pero ¿qué había de la traición? Sentir cómo el corazón se te hace añicos también era increíblemente doloroso.

No había elegido aquel pueblo en el norte de España por casualidad. En él creció su madre y ella quería empezar una nueva vida allí. Tan solo hacía unas semanas que se había mudado, con una maleta y el corazón remendado por los sueños que aún le quedaban por cumplir.

El primero ya estaba en marcha. Había alquilado una casa con un amplio bajo que estaba acondicionando. Iba a abrir su propia librería, un sueño que tenía desde niña. Amaba la literatura, algo que su madre le inculcó. Vivió rodeada de libros y no pasaba un solo día sin leer, aunque fueran unas pocas páginas. Soñaba con tener una inmensa y preciosa biblioteca, pero también con compartir su pasión con el resto del mundo. Y ahora, por fin, estaba en marcha.

No había sido fácil. Sus ahorros eran escasos y no contaba con nadie que pudiera ayudarla, pero se ajustó el presupuesto al máximo y, por el momento, parecía que marchaba bien. Sin embargo, aún le quedaba algo por hacer en aquel lugar.

Su madre le había hablado de aquel pueblo, pero, sobre todo, de la mansión: una casa de estilo renacentista que albergaba la biblioteca más impresionante que hubiese visto jamás, no por el

tamaño, sino por lo que había significado para ella. Era grande, sí, pero también era el lugar en el que su madre había soñado durante su infancia y adolescencia. Sus padres eran sirvientes en la mansión y ella tenía la misma edad que la hija de los señores. Gracias a la generosidad de estos, recibió la misma educación que la niña y pudo disfrutar de varias artes, aunque pronto descubrió un especial interés por la literatura.

Según le contaba, pasaba horas entre aquellas cuatro paredes forradas de librerías. Se sentaba en la alfombra, fuera invierno o verano, siempre con un libro en las manos.

Sonrió al recordar cómo su madre se entusiasmaba al narrar sus recuerdos. Los transmitía con tanta pasión que nunca podría olvidarlo. Y luego, años después, le confesó que, siendo niña, grabó su nombre en la corteza de uno de los árboles más grandes que rodeaban el invernadero. Era tan alto, que su tronco incluso alcanzaba el balcón, donde ella dejó su marca.

Tenía que verlo. Necesitaba hacerlo. Quizá ella ya no estuviera, pero viviría siempre en sus recuerdos y Anna quería conocer aquel lugar que la hizo tan feliz.

Se levantó del banco, decidida. Por eso había elegido ese lugar.

Caminó por el paseo que bordeaba el lago, justo antes de adentrarse en el pueblo. No era grande, no obstante, tampoco es que le gustaran demasiado las enormes ciudades. Y en aquel lugar no había ninguna librería, parecía una señal del destino que aquel espacio la estuviera esperando. Además, también iba a abrir una tienda online. Asegurándose así de que su sueño se expandía.

Se adentró en las calles cercanas. El pueblo comenzaba a cobrar vida al igual que la temperatura empezaba a ganar grados. Se dirigió al café más cercano y abrió la puerta haciendo sonar una pequeña campanita. Había pocas mesas ocupadas, y no pudo pasar por alto las miradas de las mujeres que se encontraban en la más cercana.

Ella sonrió y se acercó a la barra con la actitud renovada. Comenzar de cero no era sencillo, pero tampoco imposible, y lo

sabía. Su mejor aliada siempre era la sonrisa y, aunque en el fondo siempre la acompañaba la tristeza, nada ni nadie iba a impedir que fuera feliz. Lo conseguiría.

—Buenos días —saludó al camarero antes de sentarse sobre un taburete. Él levantó la cabeza del lavavajillas, donde acomodaba unos vasos, y le devolvió la sonrisa.

—¿Qué le pongo?

—Un café con hielo para llevar, por favor.

El hombre asintió, pero continuó con la tarea que tenía entre manos. Tendría que esperar un poco. Entonces su móvil vibró en el bolsillo. Anna se puso tensa, su respiración se paralizó y, de pronto, un sudor frío le recorrió la espalda, pero la vibración se detuvo. Era demasiado corta; no era una llamada. Sin embargo, con los dedos temblorosos sacó el móvil y lo desbloqueó. Cuando la pantalla se iluminó sintió una punzada de ira en el pecho. Le había dejado claro muchas veces que no quería volver a saber nada de él. Aunque nunca la había escuchado, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

Daba igual cuántas llamadas colgara, cuántos mensajes ignorara o números bloqueara: él seguía insistiendo. No podía deshacerse de ese número, aún no, cambiarlo significaría perder la llamada de otra persona que de verdad le importaba. De ser posible, habría cortado la comunicación hacía mucho, sin embargo, a esas alturas empezaba a pensar que, daba igual cuánto se esforzara en apartarlo de su vida: él se había empeñado en no dejarla ir.

Leyó el mensaje rápidamente dejando escapar el aire con resignación. No decía nada nuevo, y desde luego, ninguna de sus palabras le provocaba el más mínimo interés. Borró el mensaje de la misma forma en la que lo había leído y guardó el móvil de nuevo en su bolsillo.

Cerró los ojos para recomponerse unos instantes y cuando los abrió, volvió a sonreír. Olvidaría aquel mensaje, como todos los demás.

El murmullo tras ella le llamó la atención, pero pronto perdió las voces cuando los balbuceos de un bebé a su lado la hicieron

interesarse por él. Iba sentado en un carricoche mordisqueando un juguete de goma. Anna lo miró con cariño, le encantaban los niños y el nene enseguida le lanzó una de sus sonrisas mostrando sus escasos dientes.

—Hola, precioso, ¿vas de paseo?

La mujer que sujetaba el carricoche se giró hacia ella. Era joven, de corta estatura, de pelo rojizo y mejillas sonrojadas.

—Es una monada —le dijo Anna.

—Gracias, se llama Héctor.

El bebé balbuceó para llamar de nuevo la atención de las dos mujeres y Anna bajó la mano y le acarició la mejilla.

—Tú quieres toda nuestra atención, ¿verdad, pequeñín?

El niño le sonrió de nuevo y empezó a patalear con fuerza. Estaba entusiasmado. Entonces le cogió el dedo e intentó llevárselo a la boca.

La mujer le soltó la mano con cuidado.

—Lo siento, le están saliendo los dientes y se lo lleva todo a la boca.

—No te preocupes —le contestó, viendo lo apurada que se sentía la muchacha—. Soy Anna.

—Celia. Eres nueva por aquí, ¿verdad?

—Sí, me he mudado hace poco. Todavía estoy conociendo el pueblo.

Anna dirigió una mirada al camarero, que parecía muy atareado preparando las comandas que le habían pedido.

—Tú eres la mujer de la librería —aseguró, como si acabara de darse cuenta de algo.

—Pues sí —confirmó, algo confusa. ¿La conocía?

—No se habla de otra cosa en el pueblo. Me encanta que por fin vayamos a tener una librería por aquí. Normalmente hay que ir a la ciudad o comprar los libros por internet.

—¿Te gusta leer?

Las carcajadas de la mesa de atrás hicieron que Anna se perdiera parte de la respuesta de Celia, pero, ignorándolas, consiguió escuchar el resto.

—Ahora con el pequeño es más complicado, pero intento leer todo lo que puedo. Así que iré a visitarte de vez en cuando.

Celia le caía bien. Parecía simpática y podía hablar con ella. En el pasado no había tenido demasiadas amigas. Con tantas mudanzas en su vida, había asumido que era mejor no encariñarse con nadie. Por eso esperaba que este fuera el lugar definitivo, al menos era el primero que ella elegía. Un hogar donde hacer amigos.

Entonces lo escuchó. No quería hacerlo, no le gustaba cotillear, pero cuando oyó la palabra «librería» no pudo evitarlo.

—¿Quién va a ir? En este pueblo tan pequeño se arruinará en cuestión de semanas —dijo una de ellas.

—Podría haber montado algo más práctico —comentó la otra en voz baja.

Sin poder evitarlo, un pequeño miedo acompañado de decepción se abrió paso en su pecho. No era fácil, sabía que no sería sencillo, pero era su sueño. Iba a seguir adelante a pesar de lo que los demás opinaran. Nunca le había importado lo que dijeran otros, pero aun así, no era agradable escucharlo.

La mirada de Celia se cruzó con ella. La muchacha también lo había escuchado. Al parecer, no estaban siendo tan discretas como creían.

—No les hagas caso —añadió en voz baja—. En este pueblo les gusta mucho criticar.

Sin pretenderlo, Celia dirigió la vista hacia su hijo y, de algún modo, Anna comprendió que ella también había sido víctima de las críticas.

—Me quedé embarazada de un chico al poco tiempo de conocerlo y él no quiso saber nada. Mis padres me están ayudando, pero es difícil, no consigo trabajo. —Celia se calló unos segundos, intentando que la congoja no subiera por su garganta—. La gente no ha sido demasiado comprensiva, ni tampoco discreta con lo que piensa.

—Hiciste lo que querías, te debe importar bien poco lo que digan los demás. Tu hijo es maravilloso. Yo estoy bien, es solo que oírlo no

es agradable. —El camarero le dejó el café sobre la barra y, cuando Anna lo pagó, se levantó del taburete—. Oye, quizá en algún momento necesite que me echen un cable con la librería. ¿Te gustaría ayudarme? Te pagaría, por supuesto —le propuso. Era cierto que necesitaría ayuda para montar muebles y colocar la mercancía.

Sus ojos se iluminaron y le dedicó una gran sonrisa.

—¿De verdad? Me encantaría. Te apunto mi número de teléfono.

Anna le pasó su móvil y, mientras Celia tecleaba los números, ella se agachó junto a Héctor.

—Precioso, espero verte pronto. Ahora que he visto tu sonrisa, ya no sé qué voy a hacer sin ella. —El niño balbuceó algo y luego le sonrió—. Por supuesto, lo que tú digas, bebé —lo animó.

Cuando Celia le devolvió el móvil, Anna lo guardó de nuevo.

—Te llamaré estos días. Es un placer haberos conocido.

Ambas se despidieron y, con su café en la mano, Anna se acercó a la mesa que había tras ellas. Las mujeres, que seguían charlando y haciendo víctima de sus críticas a otra persona, detuvieron la conversación de inmediato y le lanzaron miradas afiladas.

—Buenos días —las saludó con la mejor de sus sonrisas—. No he podido evitar escuchar su conversación y me gustaría decirles que están invitadas a conocer mi establecimiento en cuanto esté abierto. —Sacó del bolso unos panfletos y los dejó sobre la mesa—. Tenemos libros para todos los gustos y todo el mundo es bien recibido. Tanto los lectores ávidos como aquellas personas que solo quieren meter las narices en los asuntos de los demás. —La cara se les desencajó por completo, pero antes de que pudieran decir nada, Anna continuó—: Me encantaría verlas allí, es más, se lo recomiendo. A pesar de lo que puedan opinar, estoy segura de que tanto ustedes como muchas otras personas podrán encontrar algo de su interés y, si no, pues ya tienen algo más de lo que hablar. Que tengan un buen día.

Y, sin más, se dio la vuelta para marcharse. Miró a Celia de reojo y la vio intentando aguantar la risa. Ella le guiñó un ojo y luego salió del local para ir a buscar su coche. Esa mañana todavía tenía algo que hacer.

Capítulo 2



Conocía aquellas carreteras de montaña a la perfección. Cada bache, curva, señal o desvío.

Erik enroscó el puño y la moto respondió de inmediato. El zumbido de las ruedas sobre el asfalto lo ayudaba a relajarse, era lo único que realmente lo calmaba.

Daba igual cuánto bebiera, las mujeres con las que follara. Daba igual si compartía sus sentimientos o los guardaba bajo llave. Daba igual todo. Lo único que le despejaba la mente era conducir su Ducati Scrambler 1100 por aquellas carreteras de montaña bordeadas por impresionantes e intimidantes bosques.

Cristian lo había estado llamando, pero él no tenía ganas de hablar con nadie. Hoy era uno de esos días. Uno de esos en los que prefería encerrarse en sí mismo. No articular palabra y conducir. Conducir a toda velocidad, hasta que se le engarrotaran los dedos de apretarlos contra los puños de su moto. Y perderse. Dejarse

llevar, porque sabía que en el mismo momento en que volviera, toda la frustración regresaría.

Llevaba así demasiado tiempo. Hacía tres años que su carrera había explotado de la misma manera en la que brotó.

Ya no podía escribir. Estaba harto de sentarse frente al teclado y mirar la misma página en blanco que el día anterior. Algunos días era capaz de poner algunas palabras, pero todo era tan absurdo, vacío y ridículo que las borraba rápidamente.

Las ideas ya no surgían. Las musas lo habían abandonado a su suerte. Treinta y cuatro años y su carrera como escritor había acabado.

Estaba en lo más alto. Con seis novelas publicadas, era considerado uno de los mejores escritores de novela fantástica de los últimos tiempos. Contaba con seis éxitos a sus espaldas que se habían traducido a multitud de idiomas, una comunidad lectora de millones de seguidores, una cantidad ingente de dinero en su cuenta bancaria, varias propuestas cinematográficas para adaptar sus obras y un futuro muy prometedor.

Lo tenía todo y, de pronto, no tenía nada.

Cuando aquel accidente le arrebató lo más importante de su vida, se hundió sin remedio, sintiéndose culpable por lo que pasó y por no haber apreciado lo suficiente lo que tenía. Estaba tan enfrascado en su trabajo que lo ocupaba todo. Sus días comenzaban y acababan frente a la pantalla de un ordenador, perdido en los mundos que se dibujaban en su cabeza e iban cobrando vida a través de sus dedos. Nunca pensó que su pasión lo arrastraría de tal forma que lo apartara de todo y de todos, pero lo hizo, y ya no había marcha atrás.

Dejó de escribir durante mucho tiempo, aunque al final comprendió que la escritura era lo único que le quedaba. Lo único que alguna vez había merecido la pena. Se le daba bien, lo sabía. De algún modo tenía que salir adelante. Su editor lo presionaba, sus fans se preguntaban cuándo regresaría y el día que decidió sentarse de nuevo a escribir, ese día se dio cuenta de que su creatividad se había secado. De que todo dentro de él había cambiado. Y desde

entonces no había tecleado nada. Ahora nadie lo llamaba. Se cansaron de esperar una historia que nunca llegó.

Pero él seguía insistiendo. ¿Qué otra cosa iba a hacer si no? No sabía hacer nada más. Leía y leía, esperando que algo lo inspirara, pero nada lo hacía. No podía perder también aquello, su única esperanza de volver a ser mínimamente feliz dependía de que las palabras brotaran de nuevo, y lo deseaba con tanta fuerza que hacía que su frustración lo consumiera en cada intento fallido.

Redujo la velocidad cuando se aproximó a una curva cerrada. Llevó el peso hacia un lado y, con suavidad, la moto se inclinó. El paisaje iba apareciendo ante sus ojos. Era una belleza, no obstante, esas curvas se habían cobrado muchas vidas. Eran peligrosas, no tenían visibilidad y, además, gozaban de una buena pendiente. Eran una trampa mortal para muchos. Cuando la dejó atrás, cambió de marcha y volvió a subir la velocidad. Iba a aprovechar la recta. El sol se colaba a través de los árboles, pero ahí, en las montañas, la temperatura era mucho menor que en el pueblo.

Se puso a ciento veinte, subió a ciento cuarenta, ciento sesenta. El viento lo empujaba con fuerza, chocando contra él. Los cordones de su sudadera se movían dando latigazos con violencia a su casco negro. Nunca se abrochaba la cazadora de cuero hasta el cuello, eso no lo ponía nervioso. Le gustaba la adrenalina, el paso borroso de árbol tras árbol, el rugido y la vibración del motor bajo sus muslos, el aire colándose por su cuello y helándole la espalda.

Avanzó deprisa y, de pronto, frenó en seco todo lo que pudo y giró a la izquierda. El camino hacia su casa era mucho más estrecho, pero de igual modo los árboles lo bordeaban. Cuando enderezó la moto, vio un coche aparcado en el arcén. Probablemente alguien había aparcado allí para orinar, no sería el primero. Tampoco iba a mirar.

Redujo la velocidad cuando llegó a su casa. La puerta corredera de la gran verja de metal que la rodeaba estaba abierta y los rosales que cubrían cada rincón de los jardines de su casa le dieron la bienvenida. Estaban preciosos, con todas las rosas inmensas abiertas en plenitud.

Había miles de rosales en el jardín delantero, trasero y lateral de la casa, al igual que pequeñas y grandes plantas que trepaban por la fachada. Todas de color rojo oscuro. Una tonalidad increíblemente parecida a la sangre. Tenían espinas grandes y tallos fuertes, y los colores eran vivos. Durante generaciones, el jardín había sido una parte importante de la casa, cuidado con dedicación, pues las rosas florecían en primavera y, año tras año, mantenían su esplendor hasta que el frío hacía caer los últimos pétalos.

La mansión de su familia parecía sacada de un cuento. En ella vivieron sus abuelos y, cuando estos murieron, los padres de Erik se la regalaron. Él amaba aquel lugar cargado de recuerdos y el entorno siempre le había parecido idóneo para escribir.

Silencio.

Tranquilidad.

Y unas vistas increíbles que se podrían sacar de cualquier libro de fantasía, al menos, los bosques que aparecían en sus libros estaban inspirados en los que rodeaban su hogar.

Aparcó la moto frente a la mansión de colores fríos, grandes ventanales y tejados a dos aguas. A Erik siempre le pareció que poseía un aspecto grandioso y, a la vez, espeluznante, aunque eso no le disgustaba. Los rosales que trepaban por los extremos de la fachada eran el único toque de color que había sobre aquellas paredes que albergaban una gran extensión de dos plantas. Con su fondo verde y las salpicaduras de las flores rojas, conseguía atraer tu mirada, daba igual el tiempo que llevaras viendo la misma imagen.

Subió los tres escalones que conducían a la entrada mientras se quitaba el casco. En el vestíbulo, lo dejó sobre un pequeño asiento y se dirigió al salón quitándose la cazadora. La luz bañaba el inmenso salón de muebles de caoba y techos altos.

Unos segundos después, Rita, la ama de llaves, apareció secándose las manos con un paño. La mujer de mediana edad lo miró con las cejas arqueadas y una sonrisa sutil en los labios.

—¿Qué tal el paseo?

—Como siempre —respondió mientras cogía el correo que habían dejado para él sobre la mesa.

—Esta mañana has salido muy temprano y sin desayunar, ¿quieres que te prepare algo? A la comida todavía le falta.

—No, esperaré —comentó, ojeando el correo. Nada interesante.

Antes de darse la vuelta, miró a Rita, quien seguía parada al lado de la puerta que comunicaba el salón con la cocina. Estaba mirándolo con esos ojos cargados de compasión y de lástima, como si lo entendiera. Odiaba que hiciera eso.

—¿Vas a decirme algo más? —preguntó, dispuesto a zanjar el asunto de una vez.

—Solo te observaba, mi niño.

Erik puso los ojos en blanco y se dio media vuelta.

—Estaré en mi despacho.

Sabía que no debía ser tan brusco. Rita no se lo merecía. Lo había cuidado desde que era un niño. Ella y Cristian eran las únicas personas que quedaban en su vida. Los únicos a los que apreciaba y que lo habían apoyado en los momentos duros. También los únicos que le decían las cosas a la cara, aunque significara que él los maldijera mil veces. Su comportamiento no era el más adecuado, pero llevaba tanto tiempo agriado que ya no sabía cómo ser de otro modo.

Entró en la biblioteca, allí tenía su escritorio. El estómago se le contrajo justo antes de sentarse frente al ordenador. Abrió el portátil y, de nuevo, aquella hoja en blanco apareció ante él. La odiaba, por mucho que se dijera a sí mismo que solo era un trozo de papel virtual, la odiaba con todas sus fuerzas.

El cursor parpadeaba y él estiraba los dedos sobre el teclado.

—Vamos —susurró.

Pero nada. Nada. Solo una maldita hoja frente a él.

Se dio unos minutos.

Pensó.

Empezó a escribir sobre la carretera, divagando.

Lo borró.

Luego escribió sobre el bosque, intentando encontrar algo que surgiera de ahí.

Lo borró también.

Se recostó en el sillón y perdió la vista en la gran ventana que había al final de la estancia.

Estaba acabado.

—¡Joder! —maldijo, cerrando la tapa del portátil.

El sol brillaba en la calle y los rosales se veían hermosos. Hacía un día perfecto y él solo quería meterse en la cama con un vaso de *whisky* y después dormir hasta la noche. Le molestaba hasta que el tiempo estuviera de buen humor. Un día lluvioso era mucho más melancólico. Pero entonces, alguien pasó por delante de su ventana.

Erik se incorporó en su asiento y, rápido, corrió hacia ella. Ya no veía nada, pero alguien se había colado en su casa y estaba casi seguro de que era una mujer.

Salió acelerado por el pasillo y abrió la puerta con prisa. Saltó los escalones y se dirigió al lateral de la mansión, hacia donde daban las ventanas de la biblioteca, pero no vio nada. Se paró frente al cristal y miró su reflejo. Quizá estaba agotado y se lo había imaginado.

Siguió caminando más despacio hacia el jardín trasero. Allí los rosales eran más altos. Paseó un poco entre ellos y, en medio del jardín, se paró junto a una pequeña fuente de piedra y apoyó las manos sobre sus caderas. Necesitaba dormir, o beber.

Entonces la vio pasar entre los rosales. Erik apretó el paso en su dirección.

—¡Eh! —gritó en cuanto la tuvo en su campo de visión—. ¿Qué cojones haces aquí?

La mujer se detuvo en seco y se giró bruscamente. El pelo castaño que llevaba recogido en una coleta adornada con un lazo azul se balanceó sobre su espalda con el movimiento.

Erik siguió caminando hacia ella. Era alta, de delicadas curvas y piel clara. Tenía unos ojos grandes y rasgados de espesas pestañas. El rojo coloreó sus mejillas y balbuceó algo que no entendió.

—¡Habla más alto! No he entendido qué mierda haces aquí.

La mujer se tensó y carraspeó.

—Lo siento, solo estaba...

—¿Qué? ¿Invadiendo una propiedad privada? —la interrumpió.

Se mordió el labio y Erik no pudo evitar fijarse en lo gruesos y jugosos que parecían.

—De verdad, solo quería ver algo, lo siento.

—No me sirven tus disculpas. ¿Acaso no sabes que es ilegal entrar en la propiedad de alguien sin su permiso?

—Iba a ser rápido. Mi madre...

—¿Hay otra persona más aquí? —Volvió a cortarla. Casi no la dejaba hablar.

Ella palideció y negó rápidamente con la cabeza.

—Solo yo.

La voz le tembló al decir aquella frase y Erik se fijó en que su mirada brillaba. Por algún motivo no le gustaba ver esa tristeza instalada en su precioso rostro.

—Mírame —le pidió, aunque por el tono de su voz pareció más una orden; sin embargo, ella lo hizo de inmediato.

Cuando sus ojos se encontraron, Erik se dio cuenta de que eran castaños. Esa mirada le provocó un pinchazo en el pecho. De algún modo, estaba cargada de sentimientos: de seguridad, pero también de anhelo, miedo e incertidumbre.

—¿Cómo te llamas?

—¿Quieres mi nombre para denunciarme? Porque en ese caso no te lo voy a dar —contestó con decisión por primera vez desde que comenzó la conversación.

Le gustó la respuesta. La forma en la que pasó de un estado de asombro y confusión a otro de decisión y valentía. Aquella mujer estaba sorprendiéndolo.

—Podría llevarte a rastras a la comisaría —la provocó.

El rojo tiñó sus mejillas de nuevo. Era fácil sacarla de sus casillas y Erik se estaba divirtiendo con aquello.

—¡Inténtalo! —lo retó.

Ella le sostuvo la mirada durante unos largos segundos, después la bajó hasta sus labios y Erik sonrió con picardía. Entonces volvió a mirarlo y, con las mismas, echó a andar pasando por su lado.

Iba a marcharse, pero Erik la sostuvo de la muñeca y ella se giró de nuevo bruscamente, enfrentándolo con rabia.

—Llevas algo que me pertenece.

La cara de la mujer se transformó y ambos contemplaron la mano libre de la muchacha. Llevaba una rosa roja.

—No estaba robando, si es lo que insinúas —le escupió con coraje. El calor que brotaba de su cuerpo le calentaba la mano y aquella sensación le agradaba—. Puedo explicártelo.

—¿El qué? Yo lo tengo bastante claro. Te has colado en mi propiedad y has mutilado uno de mis rosales.

Ella se soltó con fuerza de su agarre.

—¡Estaba en el suelo! —gritó.

—En el suelo de mi jardín —puntualizó, a sabiendas de que la cabreaba—. Por lo tanto, me pertenece.

La mujer miró la rosa y, después de apretar los labios y respirar un par de veces, se la lanzó contra el pecho.

—Se pudrirá en el suelo de igual modo.

Se dio la vuelta y comenzó a andar por el jardín. Estaba claro que los rosales la despistaban porque no tenía muy claro adónde iba.

—¿Vas a salir de mi casa? —preguntó, muy consciente de su desorientación.

—Sí, me largo —respondió sin aflojar el paso decidido.

—Bien, porque no deberías haber venido.

Erik vio cómo apretaba los puños a los lados de su cuerpo.

Ella iba echando pequeños vistazos hacia la casa, intentaba alcanzarla, pero aquellos jardines eran un laberinto y Erik disfrutaba viendo cómo intentaba salir airoso de la situación. Después de cómo se había enfrentado a él, no quería su ayuda.

—Veo que sabes adónde vas. —Ella soltó una carcajada irónica—. ¿Quieres que te traiga agua o quizá algo de comer? Parece que esto va para largo.

—¿Quieres callarte? —le soltó, girándose hacia él—. No puedo pensar si sigues hablando.

Él sonrió y ella cerró los ojos con fuerza y volvió a girarse para seguir caminando.

—Quizá te haya juzgado mal —repuso Erik.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, echándole un rápido vistazo por encima del hombro, intentando alcanzar la casa que cada vez estaba más cerca. Pero él sabía que por ese callejón no había salida.

—Solo que empiezo a pensar que has entrado aquí porque estabas perdida y ahora no sabes salir.

—¿En serio crees eso? —inquirió esperanzada.

—No.

Era tan fácil jugar con ella, que no pudo ocultar la sonrisa. Se divertía como hacía tiempo que no lo hacía. Aquella situación era excitante. La mujer lo era. Cuando vio que al fondo el sendero se cortaba, dio un fuerte soplando y giró a la izquierda. Ese sí era el camino correcto, aunque no iba a decirle nada.

—Eres un idiota. Te dije que había entrado buscando algo. Simplemente. Y la rosa estaba en el suelo.

—No entiendo qué se te puede haber perdido aquí.

La curiosidad la tenía, pero el enfado inicial de descubrirla en su jardín se había esfumado. Parecía avergonzada y había respondido a la defensiva. Realmente quería saber qué había allí que le interesara.

—Ahora no pienso decírtelo. Has tenido tu oportunidad de escucharme, pero en vez de eso, has preferido ser un maleducado y ponerte a acusarme a lo loco.

—Los hechos mandan —respondió Erik a su espalda.

La visión de su cuerpo lo provocaba. El vaquero azul desgastado se adaptaba perfectamente a su trasero redondeado y a su estrecha

cintura. Cuando andaba, el balanceo de sus caderas era delicioso y a él le secaba la boca.

—¿Vas a decirme al menos tu nombre? —cuestionó, sin dejar de seguirla.

—¿Vas a decirme tú el tuyo?

—Creí que no te interesaba —respondió mordaz—. Como solo soy un idiota maleducado.

Erik se fijó en cómo los hombros de ella se agitaban. Reía, aunque no quería que la viera.

Cuando llegó al lateral de la casa, ella suspiró y aceleró el paso que la llevaba a los jardines delanteros. Erik la siguió sin apartar los ojos ni un solo segundo.

—Mi nombre es Erik —le dijo cuando la alcanzó y se puso a su lado.

—Anna.

—No te he visto por aquí antes.

—¿Te refieres al pueblo, o dentro de tu casa?

Él se rio y alzó las cejas, tenía sentido del humor. Otro punto más a su favor. Anna volvió la cabeza hacia él y, en ese momento, Erik vio cómo se relajaba. Su paso se ralentizó un poco, pero siguió caminando hacia la salida. Se marchaba y de algún modo, Erik sabía que necesitaba verla de nuevo.

—Acabo de mudarme al pueblo —respondió al fin.

—Entonces, podría enseñarte esto algún día, incluso invitarte a tomar un café.

—¿Tienes por costumbre invitar a las personas que allanan tu casa? —le preguntó antes de detenerse junto a la valla.

—No, solo a ti.

Anna se sonrojó y agachó la mirada, luego asintió con la cabeza y después varió su movimiento a la negación.

—Siento haber entrado en tu casa. Tienes razón, al menos debería haber pedido permiso.

—Está olvidado —solucionó él.

Entonces, ella se dio la vuelta y cruzó la valla sin detener el paso. Ahí había acabado todo. Se marchaba.

—¡Eh! —la llamó Erik cuando la distancia que los separaba le obligó a alzar la voz. Anna se giró caminando de espaldas—. No me has dicho si aceptas mi invitación.

—No lo hago. Lo siento, pero no tengo por costumbre salir con aquellos chicos que me pillan en su propiedad y me acusan de mutilar sus plantas para robarles una flor.

Con una sonrisa en los labios, Anna se giró de nuevo y caminó hasta que se perdió en la distancia.

Pasaron unos minutos hasta que Erik entró de nuevo en la casa. Se tomó su tiempo en analizar lo que había pasado; aquel encuentro con Anna le había resultado muy estimulante. Hacía demasiado tiempo que una mujer no le despertaba ese interés. En realidad, ninguna persona.

Volvió a su despacho con una extraña sensación instalada en el pecho y un hormigueo en la comisura de los labios.

Era una belleza, en todos los aspectos físicos que pudiera imaginar, pero también su elocuencia le había parecido atractiva e interesante. Había sonreído como un idiota, a pesar de que se había colado en su maldita casa, y desde el instante en que sus ojos brillaron de aquel modo, algo dentro de él quiso aliviarle el dolor que vio reflejado. Y en ese momento mandó todo a la mierda.

Ni siquiera quería que se fuera. ¿Qué demonios le pasaba con esa mujer? Quizá, si la hubiese conocido en un bar, todo habría sido distinto, pero el mismo hecho de que el encuentro se hubiese dado con ella invadiendo sus jardines privados le parecía estimulante. Extraño, inusual, preocupante quizá, y por mucho que le pesara, interesante.

Se sentó en el sillón tras su escritorio y se recostó hacia atrás, frotándose los labios con las yemas de los dedos.

¿Qué hacía alguien como ella colándose en casas ajenas? ¿Acaso pretendía robar algo más que una rosa? ¿A plena luz del día? Pero aquello no tenía sentido. Todo era muy inverosímil.

Se echó hacia delante y abrió el ordenador de forma mecánica. La página en blanco iluminó la pantalla y Erik llevó sus manos al teclado. Los dedos comenzaron a pulsar las teclas una tras otra, aumentando su velocidad a medida que avanzaban las frases en una sucesión de palabras que iban brotando y llenando aquella hoja que tanto lo había torturado. Sin detenerse a pensar, siguió tecleando y, por una vez desde hacía tres años, todo lo que escribía parecía tener sentido.

Cuando se reclinó de nuevo en el asiento, soltó el aire. Parecía haberlo retenido en sus pulmones, pero aquello debía ser imposible, porque tras la ventana, el cielo había oscurecido.

Capítulo 3



Anna estaba arrodillada en el suelo de madera de la que sería su futura librería, montando la cuarta estantería de metal de esa tarde.

Mientras sujetaba la balda que estaba atornillando, su mente se perdía en aquel jardín lleno de rosas. No había logrado hacer lo que pretendía, pero en vez de eso, había conocido a Erik.

No conseguía sacarlo de su cabeza. La forma en que la miraba con sus ojos azules penetrantes. La forma en la que apretaba la mandíbula, enfadado, cuando la descubrió y por supuesto, la fuerza con la que la agarró cuando ella estaba dispuesta a irse.

La piel de sus brazos volvió a erizarse. Le sucedía lo mismo cada vez que pensaba en ese recuerdo.

Puede que estuviese furiosa con él en aquel momento, pero a su cuerpo no pareció importarle, porque dentro de ella hirvió otra clase de fuego. Su agarre era firme, lo suficientemente fuerte como para retenerla, pero no lo bastante como para hacerle daño; al contrario, era delicado.

Erik desprendía una energía imponente. Era ese tipo de hombre que con solo su presencia llenaba todo el espacio en el que se encontraba. Al principio la hizo estremecerse, sin embargo, para cuando salió de allí, la sensación fue muy distinta: se sentía cómoda.

Puede que fuese por cómo caminaba un paso por detrás de ella, muy de cerca, o tal vez simplemente fueran imaginaciones suyas. Pero en vez de sentirse cohibida, se sintió protegida.

Llevaba noches soñando con que sus brazos la rodeaban mientras dormía. Era una putada despertarse agitada cada madrugada y ver que tan solo había sido un sueño. Ni siquiera lo conocía, y eso no impedía que su cuerpo y su mente fantasearan con él más a menudo de lo que le gustaría.

Sus labios gruesos recorriendo la piel de su cuello, bajando por su pecho, acariciando su vientre... Era tan sencillo y estimulante imaginarlo. Su mente recreaba una imagen nítida de Erik. Ni el paso de los días había emborronado la claridad con la que lo veía en sus pensamientos.

Estaba acalorada. Debía sacarlo de su cabeza si no quería tener una combustión espontánea.

La había invitado a salir, pero tuvo que rechazarlo. No podía después de conocerlo de aquel modo tan vergonzoso. Y lo peor era, que sabía que, tarde o temprano, querría volver a esa casa. Quería ver con sus propios ojos la corteza de aquel árbol y rezaba cada noche porque siguiera allí y no lo hubieran talado. No habría tardado tanto si no se hubiera perdido en aquel laberinto de rosales. Ni siquiera había conseguido salir del patio trasero. Su madre le dijo que el invernadero de cristal se encontraba lejos de la casa, en medio del bosque, y que la única forma de llegar hasta él era atravesando los jardines. Ni siquiera pudo llegar hasta el final de aquella rosaleda.

Soltó un suspiro largo y pesado cuando la imagen de Erik se cruzó de nuevo en sus pensamientos.

Erik, el bruto atractivo.

El dueño del castillo que ella quería conquistar.

El intruso en sus sueños.

El culpable del maldito calor que le recorría el cuerpo.

—¿Estás bien? —la voz de Celia la devolvió a la realidad—. Estás muy colorada y si sigues apretando el tornillo con esa fuerza, seguramente atraveses el metal.

Anna cogió otro tornillo de la caja que había entre las dos y lo dispuso en el agujero antes de empezar a apretarlo. Ahora, fijándose en lo que hacía. Era la segunda vez que Celia la ayudaba y en poco tiempo, Anna se había dado cuenta de lo necesario que era tener amigas. Habían conectado rápidamente. Celia era simpática, graciosa y amable. Y aunque pronto se había abierto a contarle cosas sobre su vida, a Anna le costaba más sincerarse. Nunca había tenido amigos y ella le caía tan bien que tenía miedo de espantarla si le contaba demasiado sobre su pasado.

—No me estabas escuchando, por eso te he preguntado si estabas bien.

—Sí, el tornillo estaba muy duro.

—Ya. —Celia devolvió la mirada a lo que tenía entre las manos—. Sabes, no te conozco demasiado pero sé reconocer cuando alguien se pierde en sus pensamientos. No te has dado cuenta cuando he vuelto del baño y te sucedió lo mismo el otro día, cuando regresé con las cajas.

—Perdona —concedió Anna—. Tienes razón, a veces me abstraigo, pero no te preocupes, no es nada. Es una estupidez en realidad.

—¡Ah, ya! —exclamó mientras mostraba una gran sonrisa—. Ahora lo entiendo.

—¿El qué? —preguntó, sorprendida por su reacción.

—Conozco ese tipo de pensamientos estúpidos. —Celia levantó las cejas un par de veces y Anna apartó la mirada, sonrojada—. Seguro que lo negarás, pero es por un hombre.

—Nada de eso.

—Una mujer, entonces —insistió, convencida.

—No. No es nada, de verdad.

Se sintió incómoda. No por hablar con Celia sobre ello, más bien por el hecho de que la hubiese calado tan rápido.

—Cuando te apetezca hablar, no olvides que yo soy una experta en cagadas sentimentales. Quizá con mi experiencia pueda ayudarte a descubrir si es un gilipollas.

—¿Por qué dices eso? —Anna levantó la cabeza y la miró—. No creo que todos los hombres sean así.

—Así que es un hombre —descubrió sus intenciones.

Anna sonrió y volvió a apretar el tornillo, dándole un último ajuste. Se mordió el labio mientras pensaba en Erik y en la manera en la que se había colado en su día a día sin él saberlo.

—De verdad que no tiene importancia. Lo conocí en una circunstancia un poco extraña y simplemente me pareció atractivo. Nada más.

—Describe nivel de atractivo.

Anna alcanzó otro tornillo y tomó aire antes de contestarle:

—Alto, de ojos claros y mirada intensa. Mandíbula marcada, labios gruesos. Es serio y desprende seguridad en sí mismo. Además, tiene esa estúpida sonrisa ladeada.

—Esas son las peores. —Le dio la razón—. Sigue.

Anna soltó una carcajada.

—Está muy fuerte, pero de un modo imponente. Es ancho y grande. Su presencia llena todo el espacio. —Anna guardó silencio, pero Celia seguía mirándola, expectante. No iba a conformarse con cualquier cosa. Se armó de valor y soltó aquello que más le avergonzaba reconocer—: Los músculos de sus brazos parecían tan grandes y duros bajo la ropa que, te juro, me dieron ganas de morderlos.

El grito de emoción de Celia le dañó los oídos, pero le agrandó el corazón. Esos eran los momentos que ella deseaba tener con alguien. Sentirte tan bien con otra persona que no te importase abrirte ni tampoco decir estupideces. Simplemente estar tan cómoda que las conversaciones podrían surgir solas. Y era maravilloso. Celia lo era.

—¿Vas a volver a verlo? —le preguntó emocionada.

—No hemos quedado, si es a lo que te refieres —le contestó, ajustando una balda de metal en su sitio.

—¿Y te vas a quedar con las ganas de hincarle el diente a esos músculos?

—Eso parece. —Pareció más decepcionada de lo que cabía esperar—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Hay algún hombre que te haga suspirar?

—No. —La mirada de la chica se entristeció por un momento—. Es difícil encontrar a alguien y más cuando no hay tiempo de salir. Y tampoco quiero algo pasajero. Ahora está Héctor y necesito un hombre que se comprometa y que lo tenga bastante claro desde el principio.

—Seguro que encontrarás a alguien —la animó.

El móvil de Anna sonó a su lado. Rápidamente desvió la mirada. Era un número desconocido. Se levantó del suelo y se alejó unos pasos mientras descolgaba con el corazón en un puño, esperando que al final esa fuera la llamada que le importaba. La que tanto anhelaba.

—Diga.

—Anna, soy Lucas, deja de bloquearme. Escúchame de una vez.

Colgó con la desilusión y la rabia bullendo en su interior, pero debía disimular ya que no quería hablar de ello.

Se dio cuenta de que Celia la estaba mirando, pero ella le restó importancia.

—Era un vendedor telefónico —mintió, aunque odiaba tener que hacerlo con Celia, pero había cosas del pasado que era mejor no remover. Su amiga puso los ojos en blanco, como si entendiera por qué había cortado la llamada—. Voy al almacén a hacer sitio. Cuando termines con esos tornillos, avísame y la llevamos dentro.

Celia asintió y Anna se marchó al almacén. Las otras estanterías que habían montado ya estaban pegadas a la pared del fondo. Todo iba despacio, pero poco a poco cobraba forma y Anna se enorgullecía de lo que estaba consiguiendo.

Miró unos segundos aquel espacio austero, que pronto estaría lleno de libros, y después se acercó a la pared para apartar unas cajas del suelo.

—Lo siento, pero está cerrado —escuchó decir a Celia.

Anna se apresuró a salir del almacén al oír otra voz procedente de la otra sala. Cuando cruzó el umbral que separaba ambas estancias, la persona que vio plantada en medio de aquel espacio semivacío la detuvo en seco. Su corazón se disparó cuando sintió su mirada azul clavada sobre ella.

—Hola —saludó él sin más.

Erik estaba impresionante vestido de negro. Llevaba un vaquero, unas botas y una camiseta de manga corta que dejaba ver los tatuajes de su brazo derecho. Había tinta de todos los colores enmarcando los músculos y perdiéndose bajo la tela. Colgado de su mano, llevaba un casco integral en negro mate que, con toda seguridad, era el causante de su pelo revuelto. Parecía un hombre peligroso y, a pesar de ello, su temperatura corporal ascendió unos cuantos grados.

—Le estaba diciendo que aún no está abierta —repuso Celia.

—Lo sé, solo la buscaba a ella.

Y, a pesar de dirigirse a Celia, sus ojos no la abandonaron mientras hablaba con esa voz profunda y firme que la estremecía. No dejaba de mirarla. ¿Por qué lo hacía? Anna fue quien rompió la conexión y fue entonces cuando se dio cuenta de que Celia los contemplaba, boquiabierta.

Se levantó con rapidez del suelo y echó a andar hacia el almacén.

—Creo que iré a terminar lo de allí dentro. —Cuando pasó por el lado de Anna, se acercó un poco a su oído y añadió—: He aquí el causante de los pensamientos estúpidos.

Anna no pudo evitar sonreír y cuando Celia desapareció, de pronto la estancia se hizo más pequeña.

—¿Cómo me has encontrado?

—Solo hicieron falta un par de preguntas.

—En este lugar todos parecen conocerme —contestó, un poco molesta por estar en boca de los demás. Ella solo quería una vida tranquila. No le gustaba ser el centro de atención.

—También me han dicho que vas a abrir una librería.

Al menos la gente tenía claro cuál era su negocio. Igual era bueno que hablaran de ella.

—Sí. Amo la literatura, así que no podía ser de otro modo.

Erik asintió y miró el espacio vacío.

—Hacía falta algo así por aquí.

—No todos piensan igual. De todas formas —Anna se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón—, no es algo que me preocupe. También abriré una tienda online y me gustaría hacer eventos y presentaciones de libros.

No pudo evitar sonreír por todo lo que tenía pensado. Estaba segura de que aquel pequeño local le aportaría a su vida la felicidad que tanto ansiaba. Todo comenzaría de nuevo y quedarían atrás los últimos meses.

—Suenan muy interesantes.

—Inauguraré en un mes. Si te gustan los libros, espero verte por aquí.

Él asintió y luego dio un paso hacia ella. Anna tragó saliva, su presencia la estaba poniendo nerviosa. Desde que se habían encontrado, su mirada estaba fija en ella, casi sin parpadear.

—¿Por qué me buscabas? —le preguntó, titubeante.

Él se acercó aún más, con pasos cortos pero seguros.

—He venido a proponerte algo y, antes de que digas nada —la interrumpió cuando ella iba a hablar—, me gustaría que me escucharas hasta el final.

Anna lo meditó unos segundos, pero en el fondo nunca se había opuesto a una buena explicación de alguien. Además, le intrigaba lo que fuera a decirle, saber por qué había ido a buscarla.

—Yo, eh... —comenzó a decir él. Luego guardó silencio y probó de otro modo—. Mi trabajo es complicado. Soy artista y hacía tiempo que no conseguía crear nada nuevo. Estaba sin ideas, vacío, ¿entiendes? Cada día era más frustrante que el anterior.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Déjame acabar.

La orden sonó directa y brusca y eso no le sentó demasiado bien, aunque él estaba haciendo un esfuerzo por contarle algo y solo eran palabras. Se sacó las manos de los bolsillos traseros y las cruzó sobre el pecho. No estaba entendiendo nada.

—El día que te encontré en mi jardín estaba en mi despacho, intentando hacer algo, bloqueado, mirando a la nada y entonces te vi pasar. No sé qué fue lo que sucedió entre nosotros, pero, después de que te marcharas, todo surgió de nuevo. Como una explosión en mi cabeza.

Lo miraba confusa mientras Erik hacía el gesto con las manos.

—Estarías inspirado. A veces es solo cuestión de tiempo.

—No —aseguró, acercándose más a ella—, fue por ti. Por... no lo sé, ¿vale? —soltó, alterándose—. No puedo explicarlo. He estado casi tres años intentando crear algo nuevo y no ha sido hasta que tú has aparecido que todo ha cambiado.

—Casualidad.

—¡No!

Anna abrió mucho los ojos, sorprendida por su arrebató. Erik se estaba alterando. Él pareció darse cuenta, porque se pasó la mano libre por el pelo y resopló para intentar tranquilizarse.

—Al día siguiente todo volvió a ser lo mismo. Nada. Lo intenté de nuevo. Intenté pensar en cómo me había sentido el día anterior y, ¿sabes qué pasó? Nada.

—¿Qué tengo que ver yo con esto? —preguntó, nerviosa. No lo entendía y él no parecía tranquilizarse—. ¿Por qué me lo cuentas a mí, Erik?

—Porque necesito que me ayudes.

—¿Cómo? ¿Qué se supone que puedo hacer yo?

—Ven conmigo —le pidió.

De pronto sintió una punzada en el pecho. Todo eso era surrealista.

—¿Adónde? —le preguntó con un hilo de voz.

—A mi casa. Ven a verme. Todos los días. Hablaremos, comeremos, pasearemos por el jardín. No me importa, pero ven.

Anna se llevó una de las manos a los labios. Lo que le estaba pidiendo era extraño. Sonaba a locura, a desesperación. Quizá escondía algo más que se le escapaba. Era un desconocido.

—Te dije una vez que no lo haría y esto es mucho peor. No voy a hacer lo que me pides, Erik. Ni siquiera soy capaz de entender cómo demonios has pensado que accedería.

—No tienes ni idea de la tortura que es no poder hacer lo que amas. ¿Crees que esto es fácil para mí? —inquirió, molesto.

Se encontraba agitado. Podía notar cómo intentaba controlar sus impulsos para serenarse. Estaba segura de que él quería gritar, seguramente romper algo por cómo sujetaba el casco, pues hasta los nudillos se le habían puesto blancos.

—No me gusta pedir, Anna. —Cuando escuchó su nombre en sus labios, se estremeció sin poder evitarlo—. Ni ir detrás de nadie. No me gusta deber nada ni tampoco exponer mi vida. Si hago esto es porque creo que es lo que necesito en este momento.

—Entiendo lo que dices, pero no puedo.

—No. ¡Entonces no lo entiendes! ¿Por qué ibas a hacerlo?!

—¡No me conoces! —escupió con rabia. Se estaba hartando de aquella situación.

—Te pagaré —le propuso.

—Busca otra forma de inspirarte, porque yo no soy una mal-dita musa.

Erik recorrió la poca distancia que los separaba. Estaban tan cerca que casi podían rozarse. Anna levantó la vista y se encontró con sus ojos azules.

—Te necesito a ti —susurró—. Lo he intentado todo, cualquier cosa que se me ha ocurrido, pero nada.

Anna cerró los ojos unos segundos y cuando los abrió, la visión de los carnosos labios de Erik tan cerca de los suyos la hizo darse cuenta de lo frágil que podía hacerla sentir. Él llegaba allí, exigiendo su ayuda, con esos modales bruscos camuflados bajo intentos mediocres de amabilidad. Tenía que poner fin a aquello porque, a

pesar de todo, estaba segura de que acabaría accediendo. ¿Cómo era posible que tuviera tanto poder sobre ella?

—Pues intenta otra cosa —contestó por fin, dando un paso hacia atrás, alejándose de él—. Lo siento, Erik, pero esta conversación se acaba aquí. No quiero hacer eso.

Celia apareció en el umbral de la puerta y se quedó mirándolos, dispuesta a intervenir. Erik cerró la boca y Anna se fijó en cómo la nuez de su garganta se deslizaba de arriba a abajo.

—Está bien —asumió por fin—. Siento haberte molestado.

Anna asintió y él se llevó la mano hacia el bolsillo trasero del pantalón y, después, se inclinó un poco y dejó una rosa roja sobre una pequeña mesita que había en la estancia, a su lado. Era la rosa más grande y hermosa que había visto nunca.

Se le encogió el corazón, no obstante, no estaba dispuesta a hacer lo que le pedía.

—Acepta mis disculpas por lo que sucedió el otro día. Y, por favor, si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Después de aquello, Erik abandonó el lugar y Anna lo vio subir en una moto negra aparcada frente al local, luego se puso el casco antes de enroscar el puño y salir disparado de allí.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Celia, acercándose.

Anna asintió y luego se agachó para coger la rosa. Nadie le había regalado nunca flores y aquella tan espléndida y con ese color rojo oscuro le parecía preciosa. ¿Se habría tomado la molestia de elegirla para ella?

—¿Qué quería?

—Nada importante.

Celia arrugó el entrecejo y luego se acercó a la estantería del suelo para sentarse y terminar lo que había dejado a medias.

—Debe de haber sido un completo idiota si lo has rechazado. Aunque solo fuera por el interés hacia su trabajo.

Anna alejó sus pensamientos de él y dejó la rosa en el mismo lugar donde lo había hecho Erik.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sentándose frente a ella.

—¿No sabes quién es? —La miró incrédula, con los ojos muy abiertos.

—Erik. No necesito saber nada más.

—¿Estás segura?

—Lo conozco lo suficiente para saber que tiene un carácter malhumorado que no me apetece soportar —le explicó. No necesitaba saber nada más de él de lo que había conocido. Y no le importaba más que el cómo la hacía sentir. La cabreaba y la excitaba a partes iguales. Y aquello era un juego peligroso—. Además, se cree que puede venir y decirme lo que tengo que hacer. No es amable.

—Te ha dejado una rosa.

—Tiene miles de ellas en su jardín. Ni siquiera es algo especial —contestó, también para sí misma.

—Si tú lo dices.

—¿Qué?

—Nada, que lo vas a flipar —murmuró de nuevo—. ¿Y no vas a decirme qué te ha dicho?

—No —aseguró—. No voy a dedicarle más tiempo.

—Vale, pero... —Celia acercó la mano a ella y, despacio, le quitó el destornillador—, creo que ahora no deberías usar esto.

—¿Por qué? —fingió ofenderse.

—No necesitas objetos afilados, y la estantería no tiene la culpa de que estés frustrada por no poder follártelo.

—No quiero hacerlo.

—Ya, ya —bromeó, escondiendo el destornillador detrás de ella—. Mañana te lo devuelvo.

Anna rio por la ocurrencia de Celia. Se sentía muy bien con ella, por eso se levantó y le dijo:

—Vamos, te invito a un helado. Ya hemos trabajado mucho por hoy.

—A eso no pienso negarme.

Cuando ambas salieron del local y Anna agarró el picaporte de la puerta para cerrarla, no pudo evitar desviar la mirada hacia la rosa. Se había ido, pero su presencia todavía llenaba aquella habitación.

Capítulo 4



Estaba acostumbrándose a pasear por aquellas calles. Con el paso de los días, la gente parecía estar habituándose a su presencia y, al menos, ya no era el centro de todas las miradas. Todavía quedaban demasiados curiosos, pero estaba segura de que, con el tiempo, dejarían de verla como una forastera.

Volvía del lago. Había estado allí leyendo, sentada bajo la sombra de un gran roble durante un par de horas. Después, cuando cerró el libro y lo dejó sobre su regazo, dedicó unos minutos a mirar el tejado que se entreveía entre los árboles. La casa de Erik resultaba tan misteriosa y, a la vez, atrayente.

Ahora ir allí sería mucho más difícil, después de lo que él le había pedido. La forma en la que habían sucedido sus encuentros alejaba cada vez más la posibilidad de poder ver el árbol donde su madre dejó su huella.

Colarse allí de nuevo estaba descartado por el momento y tampoco quería pedirle nada a Erik. Ni siquiera quería verlo. No sabía cómo

iba a reaccionar. Parecía que el magnetismo que sentía por él era casi más fuerte que las advertencias que le gritaba su sentido común.

No lo conocía. Era un bruto y había ido a buscarla para pedirle algo que estaba fuera de lugar. Por muy atractivo que fuera, no iba a ceder. Por eso, precisamente, mantenerse lejos de él era la mejor opción. Aunque eso significara aplazar por un tiempo su misión de encontrar aquel árbol del que tanto había oído hablar en su infancia.

Quería llegar a casa y darse una ducha, luego hacer unas palomitas y sentarse junto a la ventana para terminar los últimos capítulos de la novela que devoraba.

«La leyenda de los cristales de sangre». Había leído esa historia muchas veces, pero aun así, conseguía atraparla como el primer día. Era su libro favorito.

Su casa se encontraba en la zona periférica del pueblo. No había demasiadas viviendas alrededor, pero dado que el pueblo era pequeño, todo estaba cercano entre sí. Podías acceder al apartamento por una puerta propia o por el mismo bajo, que daba a la escalera. Tener un negocio justo debajo de su hogar le había parecido una buena idea, hasta ese momento.

Se acercó corriendo en cuanto adivinó que el resplandor que veía a lo lejos era agua. Al llegar a la altura, se dio cuenta de que el agua salía por debajo de la puerta que daba a su casa. Abrió rápido, con las manos temblorosas, y vio una cortina de agua cayendo por las escaleras.

Entró en el vestíbulo como un vendaval, y no necesitó demasiado tiempo para ver que el líquido estaba entrando también por la puerta que comunicaba con el local.

—¡No! —maldijo para sí misma.

Subió por las escaleras con prisa, pero cuando llevaba unos escalones, resbaló, y tuvo que agarrarse al pasamanos para no caer. El tirón que recibió en el hombro no le dolió tanto como ver que el agua arruinaba aquello por lo que tanto había luchado.

Se levantó y siguió subiendo, esta vez sin soltarse de la barandilla. Cuando llegó arriba, se dirigió a la cocina, desde donde parecía provenir. Entró al lavadero y entonces vio que la tubería principal que iba al termo estaba rota y el líquido salía con una fuerza descontrolada. Se lanzó literalmente hacia la llave de paso, hasta que consiguió cerrarla y la presión con la que caía el flujo disminuyó hasta detenerse.

Anna miró el desastre, atónita. ¿Qué había pasado?

Caminó mojándose los pies. Gran parte del suelo de su casa y del local era de madera y aquello lo había echado a perder.

Con mucho cuidado, bajó la escalera y se asomó al local. Estaba empapado, por suerte, todavía no había montado las estanterías de madera. Solo un par de mesitas de las que tendría que deshacerse porque sus patas se habían mojado. Al almacén también había llegado agua, aunque mucha menos. Y una parte del doble techo, que todavía goteaba, se había desprendido.

Se acercó a una pared y se apoyó en ella. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, le escocían. El suelo estaba destrozado, no conseguiría secarlo a tiempo de salvarlo. Sacó el móvil del bolsillo y buscó un fontanero en la localidad. Después de hablar con él y decirle que era una urgencia, Anna guardó el teléfono de nuevo, se recostó en la pared y cerró los ojos para intentar tragar la congoja.

Podría haber sido peor. Si hubiesen estado los libros allí, si le hubieran llegado todos los muebles, los daños habrían sido devastadores. Aunque, en realidad, todavía no sabía la magnitud del estropicio.

¿Qué iba a hacer? Hacía poco tiempo que vivía allí y, con toda la preparación para la inauguración y el papeleo para la apertura, había estado buscando compañías de seguros y decidiendo cuál se ajustaba más a sus necesidades, pero todavía no había contratado ninguna. No estaba segura de si iba a poder pagar aquello.

Media hora más tarde, Celia y ella intentaban secar con fregonas lo máximo posible. El fontanero acababa de llegar y Anna lo había

acompañado al lavadero y después había continuado con su tarea, que parecía no tener fin.

Desde que había llegado, Celia casi no había abierto la boca. La había recibido con un gran abrazo y Anna solo pudo hundir la cabeza en su cuello y aguantar las ganas de llorar, pero, después de aquello, entre ellas se había instalado un silencio que, aunque fuese extraño, resultaba tranquilizador. Anna sabía que estaba allí, tan apenada como ella.

—Disculpe, ¿podría venir un momento? —le pidió el fontanero, asomando la cabeza por la cocina.

Anna metió la fregona en el cubo y, sin decir nada, fue a su encuentro. El hombre tenía el gesto contrariado y las cejas muy juntas.

—La avería que ha tenido usted es muy infrecuente. Se ha partido totalmente cerca de la junta y eso es lo más extraño. —El hombre se rascó la nuca y consiguió que Anna se inquietara cada vez más—. Puede haber pequeñas pérdidas o fugas a través de las juntas o incluso en las tuberías cuando están viejas o desgastadas, pero estas no lo son.

—Entonces, ¿quiere decir que soy la persona con más mala suerte del mundo? —preguntó cada vez más entristecida.

—No, lo que quiero decir es que han golpeado la pieza.

Ella lo miró con los ojos y la boca muy abiertos, sin poder articular palabra.

—¿No insinuará...?

Él levantó las manos en señal de disculpa y se apresuró a añadir:

—No insinúo nada, señorita. Le explico lo que veo y, en mis años de experiencia, he visto muchas cosas. Le cambiaré el tramo roto y me marcharé.

—Bien.

Anna se dio la vuelta para salir de allí. ¿Quién en su sano juicio iba a querer joder su propia casa de esa manera? Pero ¿un golpe? No era posible que fuera eso, debía de ser otra cosa porque era imposible que nada lo hubiese golpeado. Seguramente tendría

algún defecto, con tan mala suerte que le había tocado a ella pagar las consecuencias.

Cuando el fontanero terminó, Anna le pagó y se marchó de allí.

Estaban acabando de secar la planta inferior y, después de eso, tendría que subir a casa y ver qué cosas habían quedado inservibles. Esperaba que no fueran muchas porque, por suerte, el agua solo había entrado en algunas habitaciones de la planta superior, ya que había buscado salida hacia la planta de abajo.

Cuando oscureció, Celia se preparó para irse a casa.

—Siento dejarte sola, pero es tarde y Héctor no se duerme si no es conmigo.

—Tranquila. Gracias por ayudarme hoy.

Anna se acercó a su bolso y sacó la cartera para darle algo de dinero, pero su amiga la cogió de la mano y se lo impidió.

—No, necesitabas ayuda con todo esto. Es lo mínimo que puedo hacer por una amiga.

Cuando pronunció aquello, Anna no pudo aguantarlo más y rompió a llorar. Celia la sujetó de nuevo entre sus brazos y esperó hasta que se calmara. Al apartarse, su nueva amiga la miró con cariño y le retiró un mechón de pelo de la cara.

—Vendré mañana a primera hora. Llámame si me necesitas.

Anna repasó todos los daños que había sufrido al quedarse sola. Eran demasiados. Lo que más le preocupaba de todo era el suelo. Anna sabía que el agua se había filtrado y que, con el paso de los días, lo tendría levantado y lleno de bultos.

No podía vivir así, la humedad era peligrosa y tampoco conseguiría abrir su negocio en esas condiciones. La reforma iba a ser cara y no podía pagarla, por mucho que estirase el dinero, ya no le quedaba casi nada. Disponía de lo justo para comenzar. Su supervivencia dependía de su negocio y no abriría en ese estado. Pronto empezarían a llegar los libros, también las estanterías, y antes de comenzar a meter nada tenía que arreglar ese desastre. ¿Qué iba a hacer?

Se sentó derrotada en el primer escalón de la escalera. Costaba ver el lado positivo cuando estaba agotada. No tenía a nadie. Estaba jodida y sola. ¿De dónde iba a sacar dinero tan rápido? No podía pedirlo a un banco. Los intereses siempre eran muy elevados y, sin ingresos fijos, ni siquiera sabía si se lo concederían.

Una idea se cruzó por su mente, aunque la descartó de inmediato. No, él no.

Sin embargo, con el paso de las horas y sin ser capaz de pegar ojo ni de encontrar una solución, su propuesta le pareció cada vez más atractiva. Él debía de tener dinero si vivía en una casa como aquella. Pero se expondría a él y a todo lo que la hacía sentir. Ese fuego candente que la acompañaba cuando lo veía. Tendría que armarse de valor si quería hacer algo así.

La sorpresa en la voz de Cristian le resultaba tan molesta como la charla que sabía que vendría detrás. Erik bebió del vaso que tenía en la mano. El *whisky* le quemó la garganta a su paso, pero, para su desgracia, no tenía el mismo efecto en sus oídos.

—¿Que le preguntaste qué?! ¿Cómo se te ocurrió hacer eso? —le preguntó, incrédulo.

—¿Y qué querías que hiciera? —espetó Erik, cabreado.

—No sé, ¿invitarla a un café? —le sugirió—. Ganarte su confianza, intentar ser su amigo para después pedirle algo que claramente no tiene sentido.

—Lo intenté, pero se negó.

—Y pensaste que, después de que ella te dijera que no quería verte, sería buena idea presentarte en su local y pedirle que fuera tu musa.

Erik se levantó del asiento con ímpetu y se acercó a rellenarse de nuevo el vaso de *whisky*.

—La próxima vez no voy a contarte nada —le aseguró antes de llevarse el vaso a los labios.

—¿Y quién cojones va a escuchar entonces tus gilipolleces?

Erik miró a su amigo, sentado sobre uno de los sillones de su biblioteca. Ese día llevaba suelto el pelo largo y moreno que le caía

sobre los hombros. Lo conocía desde que era un niño, lo apreciaba mucho, pero en momentos como ese solo tenía ganas de estrellarle el puño en la cara.

—No te he llamado para que me des sermones de conducta. Lo único que quiero es hacer que esa chica vuelva a aquí y yo poder sentarme a escribir y terminar la historia de una puta vez.

—¿Se te ha ocurrido algo? —Su amigo se incorporó sobre el sillón y cogió su botella de agua.

—Sí, pero aunque tengo una idea más o menos clara, no consigo que me salgan las palabras, ni tampoco consigo arreglar los problemas en la trama. —Erik se sentó de nuevo frente a él—. Es como si solo ella hubiese conseguido eliminar el bloqueo y ahora lo tengo encima de nuevo.

—Estás exagerando. Si tienes una idea, intenta ceñirte. Escribe los conflictos, dales una vuelta.

—¿Vas a decirme cómo tengo que escribir?

—Lo único que quiero es que entiendas que lo que te pasa depende de ti. —Cristian se recostó de nuevo en el asiento—. No puedes meter a esta chica por medio. Estoy seguro de que habrá pensado que eres un loco. Así que olvídala.

—Como si fuera tan fácil —murmuró.

—¿Es guapa? —preguntó con curiosidad.

Él alzó las cejas y lo meditó unos segundos. ¿Cómo la describía cuando era la chica más bella que había visto en su vida?

—Lo es, pero de un modo paralizante. Tiene una mirada grande y rasgada de ojos castaños, de esas que te dicen mucho. Su piel es clara y suave al tacto. Y no hablemos de su culo...

—Joder, eres un bestia —le reprochó su amigo—. No me extraña que te haya rechazado. Es una mujer sensata. Pensaba pasarme por la librería cuando abriera, pero ahora quizá lo haga con otro interés.

Erik se levantó del sillón y le dirigió a su amigo una mirada asesina.

—Ni se te ocurra acercarte a ella —le ordenó, señalándolo con el dedo.

—¿Acaso es de tu propiedad?

—Para el caso, como si lo fuera. Tengo que conseguir que venga aquí. Así que mantente alejado.

Su amigo se rio y negó con la cabeza.

—¿A quién crees que elegiría, a un escritor frustrado y con comportamientos extraños o a un médico guapo y amable con una sonrisa encantadora?

—Sigue por ese camino y te juro que tu cara será de todo menos agradable.

—Nunca te había visto perder el culo por una mujer.

—No es por ella, es por lo que le provoca a mi imaginación —gruñó antes de beberse lo que le quedaba del vaso.

Volvió a coger la botella.

—¿Vas a seguir bebiendo? ¿Y desde cuándo te gusta el *whisky*?

—Me importa una mierda lo que sea, siempre y cuando me ayude a dormir.

—Y te mate —le advirtió Cristian.

—Déjate el rollo de médico preocupado que yo no soy uno de tus pacientes.

—No, eres mi amigo y me preocupo por ti —dijo levantándose de su asiento y acercándose a él—. Veo lo que te estás haciendo desde que murieron tus padres. No puedes seguir así, deberías volver a terapia. Necesitas ayuda.

—¡Esas sesiones lo único que hacían era sacarme de quicio! —rugió—. ¿Por qué siempre que nos vemos tienes que decirme la misma mierda? Lo de mis padres pasó, ¿vale? Ese no es el problema que tengo ahora.

—Ese va a ser tu puto problema hasta que lo superes.

—Está más que superado.

—Sigue mintiéndote a ti mismo, pero me niego a ver cómo te destruyes.

La mirada oscura de Cristian estaba cargada de rabia, pero también de pena. Erik sabía que su amigo se preocupaba por él,

aunque no necesitaba la compasión de nadie. La odiaba. Lo único que quería era escribir. Esa era su terapia, su felicidad, su vida.

—Si dejo de beber por hoy, ¿cerrarás el pico?

—Me callaré entonces, pero no voy a desistir, Erik.

Esquivó la mirada de Cristian y se sentó de nuevo en el sillón. La ventana por la que había visto pasar a Anna días atrás le recordó cuánto ansiaba verla de nuevo.

—¿Qué hago entonces con ella? —preguntó, frustrado. Si alguien podía tener alguna buena idea sobre aquello era Cristian.

—Sinceramente, no lo sé —resopló antes de sentarse de nuevo—. Creo que la has cagado demasiado. Dale un tiempo. Ve a visitarla a la librería cuando abra. Compórtate como el ser racional que sé que eres y quizá consigas mantener alguna conversación lo suficientemente estimulante con ella como para despertar tu creatividad.

—No sé si puedo esperar tanto.

El timbre de la casa sonó y su sonido reverberó por toda la estancia.

—Cómo odio que esa maldita cosa se escuche por toda la casa. Me dan ganas de arrancarla.

—Siempre se me olvida lo amargado que estás hasta que vuelvo a verte —comentó Cristian, aguantando una carcajada.

—Vete a la mierda.

Su amigo dejó de reprimir la risa y él tuvo que aguantar las ganas de darle una patada. Lo quería, pero era como un grano en el culo.

—¿Vas a salir al Midnight esta noche? —preguntó cuando recuperó el aliento.

—Es posible. Necesito desfogar.

—Búscame cuando llegues, todavía me debes la revancha del otro día.

—Supéralo, el billar no es lo tuyo.

La presencia de Rita al entrar en la biblioteca les hizo girar la cabeza. Ella permanecía en mitad de la puerta con una sonrisa.

—Erik, una mujer pregunta por ti.

Rápidamente, ambos amigos se miraron. Erik se levantó y, en cuestión de un segundo, ya estaba al lado de Rita.

—¿Quién es? —se interesó. En el fondo tenía la esperanza de que fuese ella.

—Una chica que merece que la atiendas de inmediato. Es encantadora.

Erik se volvió hacia Cristian con una sonrisa socarrona en los labios. Su amigo le hizo un gesto con las manos, incitándole a ir, y tanto Rita como él salieron de la biblioteca.

En los pasos que dio hasta llegar al salón donde lo esperaba, Erik pidió mil veces que fuera Anna.